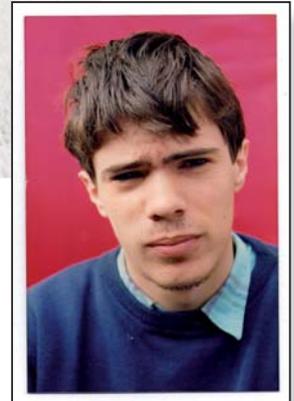


Las enseñanzas de los clásicos

Gonzalo Larumbe Gutiérrez



¿Quién no ha oído hablar de la Grecia clásica? El esplendor de la democracia, la filosofía, la matemática. Sin embargo, pocos han oído hablar de la afición de los griegos al fútbol.

Los griegos no eran solo cultos e inteligentes, sino también grandes deportistas. Además de ganar siempre las Olimpiadas (en que solo participaban ellos), ganaron varios mundiales y se quedaron en propiedad la copa "Jules Rimet". Su alienación más célebre fue la siguiente: Pericles, Aristóteles, Hércules, Zenón, Pitágoras, Ulises, Sócrates, Platón, Aquiles, Arquímedes y Alejandro Magno.

Pericles era el portero y capitán del equipo. Aristóteles y Pitágoras eran quizá los laterales más inteligentes de Europa, aunque de fútbol no sabían gran cosa. Hércules un central fuerte e invencible, mientras que Zenón, a pesar de ser ingenioso y hábil en todo tipo de trucos y fintas, era demasiado lento: era incapaz de adelantar a una tortuga. En el medio campo contaban con dos brillantes extremos. Ulises, en la izquierda, habilidoso e inteligente (aunque insistía modestamente en que él no era Nadie). Aquiles fue un extremo rapidísimo e irrefrenable, que a veces se ponía a discutir con el entrenador, Agamenón, y se iba del campo a medio partido. Tuvo que retirarse en su mejor momento por una desafortunada lesión en el talón. Platón era el cerebro del equipo. Agudo y sutil, no era sin embargo un exquisito y despreciaba a los poetas. Además, prefería la disciplina espartana antes que la "gazmoñería" ateniense. En cuanto a Sócrates era un centrocampista de gran técnica, aunque algo obsesionado con golpear al balón siempre de tación. Su especialidad era discutir con el árbitro hasta convencerlo de que estaba equivocado. Sin embargo, acabó mal. Los dirigentes de la federación griega le obligaron a tomar una sustancia no permitida poco antes del mundial de Mongolia, por lo que quedó descartado y la FIFA le obligó a retirarse del fútbol. Los dos delanteros eran antitéticos. A Arquímedes se le echaba en cara ser demasiado cerebral. "Dadme un punto de apoyo y levantaré el balón" decía siempre antes de chutar. Alejandro era mucho más feroz, e hizo estragos en las defensas de medio mundo.

Otros griegos que destacaron en el fútbol fueron Euclides, que siendo especialista en sacar los córners, era incapaz de dar efecto al balón (él se justificaba diciendo que la línea recta era la más corta entre dos puntos); Tolomeo, que sostenía que la tierra era un balón de fútbol y al que siempre tocaba cumplir con el trámite del *doping*; y Zeus, que no pudo jugar los Mundiales, puesto que la FIFA impedía alinearse a ningún ser sobrenatural.

Hacia 450 años antes de Cristo, Grecia era indiscutiblemente el mejor equipo del mundo. Tenía una escuadra plagada de figuras y los equipos que se le podían oponer, Italia o el Imperio Portugués (Brasil) estaban a años luz, o como solía decir un cronista deportivo de la época: a kilómetros luz. Claro que tampoco está tan mal para una época que ni siquiera aceptaba a Copérnico. Copérnico fue, como todo el mundo sabe, el inventor del *catenaccio*, entrenador de la Roma que formaba la base del equipo nacional italiano y que vivió con él sus momentos de máximo esplendor. Contaba con el capitán Julio César, el jugador más laureado (siempre que el árbitro efectuaba el sorteo decía: *Alea jacta est*), hasta que lo lesionó un tal Bruto, defensa del Lazio, en una entrada brusca. Hasta entonces se paseó por los campos de fútbol europeos, logrando más victorias que nadie. Muchos intentaron derrotarlo con todo tipo de estratagemas. Por ejemplo, un internacional galo, un tal Astérix, quiso comprarlo por medio de una poción mágica que se daba a los druidas galos para que les creciera el pelo.

En la primera fase del Mundial, el sorteo hizo que se enfrentaran dos de los máximos favoritos, Italia y Grecia. El seleccionador italiano Calígula, sacó un equipo plagado de reservas y hasta alineó a un caballo. Grecia se paseó venciendo por 8-3. Pero el partido se declaró no válido y la FIFA declaró que había que repetirse, porque el caballo había dado positivo en el control antidopaje. En la repetición, Calígula alineó un equipo aún peor, de modo que

perdió por 15-1. La prensa responsabilizó a Calígula del desastre, los *tifossi* estaban como locos, y uno de ellos lo asesinó. Y, sin embargo, su táctica dilatoria empezaba a dar resultados. Los griegos estaban cansados. Su confianza en sí mismos había aumentado y su euforia rozaba ya la prepotencia pero, sin embargo, su fútbol ya no brillaba como antes y tuvieron problemas para deshacerse de la débil selección de Suiza, a la que vencieron por 1-0. La federación italiana llamó a Copérnico, el entrenador de más prestigio de Italia, que no tuvo problemas en deshacerse de Turquía y Suiza, para pasar a la segunda fase como segundo de grupo tras Grecia. En cuartos de final, Grecia derrotó a la selección brasileña por 4-2. En aquella incipiente selección brasileña ya destacaba cierto jovencito, que se alzaría hasta llegar hasta las más altas cotas del fútbol. Me refiero, ¡cómo no! a Joao Havelange.

Mientras tanto Italia había de sobornar al árbitro para deshacerse de la desconocida selección de Camerún. En semifinales, Grecia se enfrentaba con la potente selección de los Estados Unidos de América. Fue un partido de inteligencia: los griegos vencieron por 17 a 1. Italia, por su parte, se enfrentaba a la Unión Soviética. Los rusos eran defensores de una noción científica del fútbol y contaban con un gran portero, Lev Yelshin, la *araña borracha*. Pero, la presencia de un árbitro norteamericano, el célebre Lucky Luciano, fue determinante. Anuló 15 goles a los soviéticos, además de conceder un penalti injusto a favor de Italia en el minuto 25 de la segunda parte, tras lo cual puso fin al partido con la torpe excusa de que los rusos querían matarle.

Para la final todo el mundo daba como favorito a Grecia, excepto los *tifossi* y algunos gángs-

teres de Nueva York. Italia empezó dominando con un discurso de Cicerón que aburrió soberanamente al público. Pero a los pocos minutos, Grecia abrió el marcador, con gol de Sócrates. Cuando, después de finalizar el partido, un periodista le preguntó cómo podía haber acabado todo así, el futbolista, seguramente cansado del esfuerzo, contestó "Solo sé que no sé nada". Pero, en aquel momento, todavía se esperaba que Grecia destrozara a los italianos. A los pocos minutos, Berlusconi enmudeció el estadio empatando mediante un gol ilegal. El árbitro era Quentin Tarantini, un argentino que se hizo el sueco. Los griegos se pusieron nerviosos. Los postes, la inspiradísima tarde del portero transalpino y un gol de Julio Mesalinas, el jugador más malo de la Roma, acabaron con la apoteosis helena. Después se dijo que el equipo griego no había sido tan bueno como se pensaba, pero la acusación es discutible, si no falaz. Desde siempre se venía acusando a su cerebro, Sócrates, de hacer un fútbol especulativo; sobre todo, por parte de los defensores de la teoría materialista, que tiene sus fundamentos en el libro de Vladimir Ilich Ulianov Lenin, *Materialismo y fútbol-criticismo*, así como en ciertas consideraciones que aparecen en la estética de Hegel acerca del vestuario de los jugadores de *badmintong*. Sin embargo, Karl Popper (defensor del fútbol fuerza) salió pronto en defensa del método socrático y demostró en varios libros que las ideas de los hermanos Marx no se podían aplicar al fútbol. Aquella magnífica selección se desintegró dos años después, cuando Grecia fue invadida por los persas. ¿Bastarán veinte siglos para encontrar una constelación de genios semejante? En cuanto a la Italia, aquella que ganó era una selección decadente, aunque su decadencia, y con ella la de la Roma, se prolongara a lo largo de siglos.

